

SABADO SANTO



Esta cruz tiene su contrapunto en la Madre dolorosa en pie ante su hijo crucificado o abrazándole puesto entre sus brazos. En esta imagen doliente se siguen identificando los hombres y mujeres, el ser humano que permanece, como impotente, ante el ser querido, el hermano clavado en el sufrimiento. Ciertamente, el Crucificado y la Dolorosa caminan por nuestras calles, acunados por las lágrimas, por la impotencia... por la esperanza.

Tiempo de silencio (con música de fondo) para contemplar a Cristo en la cruz.

Bajo hasta ti, hasta tu propia soledad herida, al seno de tú mismo, a lo más profundo. Y ahí, dentro de tu propia ser, te tiendo mi mano desclavada. Déjate curar en mis heridas porque yo he querido sentirte, sentir tus miedos, tus heridas, tu silencio, tu soledad y hasta tu muerte.

Ven, no te asustes, acércate a mi cruz, mírame. No quiero imponerte mi presencia, sólo quiero decirte que la paz, mi paz sea contigo. Sí, aquí en medio de la noche oscura, te doy mi paz; esa misma paz que me hace perdonar a aquellos que me han colgado en estos maderos.

Ven, mira, quiero enseñarte mis manos y mis pies ahora perforados por el pecado. Y en esa intimidad también te descubro mi corazón y la huella de mi costado abierto.

Ahora ya sé todo y hasta donde puede sufrir un hombre. Ahora no hace falta que me expliques nada; te comprendo. Por eso, sólo y únicamente, me presento ante ti, casi de puntillas.

Ven, llora si quieres o duda. No te importe contarme tus creencias insatisfechas. Únicamente te pido que no te encierres en ti mismo. Yo he roto las ataduras del dolor y sufrimiento. Hasta tu ser baja mi salvación.

Deseo escucharte, me interesa todo lo que es tuyo. ¡Si tú supieras cómo te quiero! Si tú supieras cómo me veo yo mismo en ti cuando me vas diciendo "por qué mi cansancio y mi experiencia de abandono?" "¿Por qué la

tristeza de no sentir cerca a los que tanto quiero?", "¿por qué este sufrimiento injusto?", "¿por qué la muerte?".

Ven, abraza mi cruz, apóyate en ella. No te digo nada. Únicamente te llamo por tu nombre y me quedo contigo para siempre, sabiendo que tu herida por las mías ha sido transformada.

Tiempo de silencio (con música de fondo) para contemplar a Cristo en la cruz.

Cuando contemplamos al Crucificado desde la profundidad interior nos encontramos, al fondo, con los dolores que nos aquejan: la angustia del hijo que se nos pierde, el fracaso del amor que se desmorona, el rostro contraído de todos los crucificados... Por eso, el grito y el silencio de la cruz ratifican que no está permitido preguntar y dudar, porque Dios se ha hecho solidario con nuestras dudas. Creer en el Dios débil del Crucificado, impotente ante el pecado y la maldad, nos enseña a ver el mundo desde los crucificados y desde nuestra propia cruz, impidiéndonos pasar de largo a su lado.

*No hay dolor humano que no sea mi dolor.
No hay ojos que lloren sin que llore yo.
Mi corazón es lámpara fiel de todas las viglias.
Nadie puede herirme sino de piedad y amor.
Yo soy todos, todos son yo.*



Tiempo de silencio (con música de fondo) para acompañar a María.

Hijo mío, qué te han hecho. Tú devolviste a tantos a la vida y mira cómo se han unido para quitarte la tuya. Tú hiciste sólo el bien, y mira el mal que te han causado. Hijo mío, qué te han hecho, qué más debiste hacer que no hiciste.

¡Dios mío! Y ahora, ¿Qué hago yo? ¿Dios mío, qué hago? Ahora me han arrebatado a mi hijo, a mi niño, lo que yo más quiero en el mundo. Por ti, Dios mío, por ti ya se me fue una vez, pero, al menos, estaba vivo; pero ahora ya se ha ido definitivamente.

Tiempo de silencio.

¿Dios mío por qué me lo pones tan difícil? Es mi hijo también. No te entiendo, no te comprendo Dios mío. No entiendo ni el por qué ni la manera; Él te amaba por encima de todas las cosas y ahora se deshace en una cruz como un asesino. Dios mío, en sus manos sólo ha habido amor y ternura.

Querías un sí por respuesta, quería un hijo hecho hombre y me ofrecí porque Tú me lo pediste; querías una vida entregada y te la di...; todo lo mío ha sido tuyo y de Jesús. Ahora me siento abandonada y siento esa terrible soledad de mi hijo. Su soledad ha sido siempre mi soledad y su abandono ha sido el mío.

Pero junto a Él, deseo confiar. Todo es oscuridad, pero Tú has sido siempre mi esperanza. Por eso, Dios mío, aunque mi corazón está lleno de angustia y se deshace en pedazos, deseo seguir siéndote fiel a ti y a Jesús. Espero, como siempre, tu respuesta...; espero en ti, Dios mío, salvador mío

¿QUÉ DECIR? ¿QUÉ HACER? Jesús puesto en cruz nos lanza a nosotros mismos, a nuestra propia miseria, a nuestra realidad. Ante la muerte no valen las palabras; sólo el silencio y la compañía. No hagamos del por qué nuestra pregunta, abramos nuestro corazón a la esperanza, hacia la fe.

MUDA SE HA QUEDADO LA TIERRA



